

El ascenso de Elin

Luciano Sívori



EDIUNS

CULTURA Y SOCIEDAD
CREACIÓN LITERARIA

Sívori, Luciano

El ascenso de Elin / Luciano Sívori. -1ª ed.- Bahía Blanca: Editorial de la Universidad Nacional del Sur. Ediuns, 2024.

168 p.; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-655-350-6

1. Novelas. I. Título.

CDD A863.9283

- Publicación sometida a dos evaluaciones externas doble ciego



Editorial de la Universidad Nacional del Sur

Santiago del Estero 639 – B8000HZK – Bahía Blanca – Tel.: 54-0291-4595173

www.ediuns.com.ar | ediuns@uns.edu.ar



Libro
Universitario
Argentino

CiN REUN

Red de Editoriales
de Universidades Nacionales
de la Argentina

Diagramación interior y tapa: Fabián Luzi

No se permite la reproducción parcial o total, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las Leyes 11723 y 25446. Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

Bahía Blanca, Argentina, junio de 2024.

© 2024 Ediuns

ÍNDICE

CAPÍTULO I
Un hallazgo simultáneo
PÁGINA 11

CAPÍTULO II
Felipe
PÁGINA 25

CAPÍTULO III
Juan
PÁGINA 35

CAPÍTULO IV
Mateo
PÁGINA 51

CAPÍTULO V
El cruce del umbral
PÁGINA 65

CAPÍTULO VI

Luis y el mar

PÁGINA 79

CAPÍTULO VII

*En el que Elin pierde una ojota
y toma una decisión radical*

PÁGINA 95

CAPÍTULO VIII

*Bajo el reflejo de la luna, todos los hombres
son lobos sin dientes*

PÁGINA 111

CAPÍTULO IX

A través del bosque y lo que Elin encontró allí

PÁGINA 141

CAPÍTULO X

La historia de mi vida

PÁGINA 155

CAPÍTULO XI

Epílogo

PÁGINA 165

A mi hijo, Benjamín...

*«Me pregunto si habré cambiado durante la noche.
Veamos: ¿era yo la misma al levantarme esta mañana?
Me parece que puedo recordar que me sentía un poco distinta.
Pero, si no soy la misma, la siguiente pregunta es: ¿quién demonios soy?
¡Ah, este es el gran enigma!»*

Lewis Carroll

Un hallazgo simultáneo

Sábado 3 de diciembre de 2016

Elin descubrió su embarazo justo un instante antes de enterarse de que su madre estaba viva. Todo ocurrió, como suelen ocurrir los cambios vertiginosos, un día igual a cualquier otro. Ahora, cinco meses después, ella pisaba firme el suelo de El Bolsón, con la decisión de aquel que sabe bien hacia dónde se dirige, aunque quizás no tanto el porqué.

Llovía lenta, suavemente, pero con persistencia, como si el cielo estuviese dispuesto a tomarse todo el tiempo necesario para inundar la ciudad. Y sin embargo, el calor era abrumador. Luego de quince horas cruzando Argentina de este a oeste, bajó del colectivo de un saltito. Acomodó su mochila viajera —una *Everlast* de 60 litros con bolsillos por todos lados, espaldas acolchada y correas de ajuste— y se sintió preparada. Cargaba su bolsa de dormir, una victorinox, un libro (no sabía ni su título, no importaba), la linterna, la carta que no debía leer todavía, su vieja pulserita de cristales engarzados, algo de ropa y un pequeño botiquín. Exploró el entorno con algo muy parecido al entusiasmo, del mismo modo que lo hacía el feto en su interior, ya con casi medio kilo y unos 22 cm de estatura.

Las náuseas eran cosa del pasado. Las pataditas, muy leves, casi imperceptibles, habían comenzado unos días antes. Descansando en el sillón sintió un leve roce, una especie de cosquilleo. La obstetra le confirmó algunas cosas que Internet explicaba. El quinto mes de embarazo representa una bisagra en la gestación: ya es posible escuchar el latido del corazón, el pequeño tiene algunos periodos de sueño, bosteza, comienza a expresarse con su cuerpo, esboza una mueca que se asemeja a una sonrisa. Elin podía sentirlo aden-

tro, inquieto, enérgico. Técnicamente ya era posible conocer el sexo, aunque optó por conservarlo en un gran signo de interrogación.

Pensó en cómo uno a veces prepara sus cosas de una cierta manera, las elabora con tiempo, las organiza y las pule, descarta y agrega... y acaba por fallar miserablemente. La vida se abalanza, decide por uno convirtiéndose en un alud devastador que revienta cuanto halla a su paso. Así se sentía ella: atropellada por una serie de eventos que nunca planeó, caprichos del destino, diversiones ridículas del Barba de Arriba. (Sí, el Barba debía estar divirtiéndose a lo grande).

Caminó en modo automático hasta la oficina de Registros de Montaña, a unas cuadras de la terminal. Al lado se había instalado una tentadora Estación de Cerveza, estratégica trampa de turistas para que pudiera refrescarse quien se prepara para una gran aventura. Frente a la oficina, un tipo flaco, de pelo largo y lentes, visiblemente desinteresado, la atendió desde la distancia.

—¿Sí?—dijo esperando que ella se hubiera confundido de lugar.

—Hola... ¿acá es el registro para subir?

El flaco arrastró sus pies hasta la ventanilla. Suspiró. No dijo una palabra hasta terminar una patente inspección visual. Elin nunca había podido terminar de acostumbrarse a la forma metódica, precisa, en la que los hombres la escaneaban. Primero vislumbraban una cabellera dorada, ensortijada como caracoles de mar, brillante. De la parte superior de la cabeza saltaban hacia el otro extremo. Las piernas de Elin eran blancas e interminables (medía 1,75 cm). Tenían curvas únicamente en la rodilla y en la pantorrilla, lo que brindaba la amalgama perfecta entre fortaleza y elegancia. Acompañaban unas nalgas redondeadas, un abdomen atlético, y senos enormes, esponjosos, de esos que se desbordan entre los dedos con los primeros amasamientos. El examen lujurioso alcanzaba un abrupto corte al toparse con su rostro. No es que fuera desagradable a la vista. No es que aquella boquita seductora y sus ojos azules claros no fueran lo suficientemente atractivos. Lo que chocaba (a hombres y mujeres

por igual) era un rostro hermosamente monstruoso, pincelado con una intensa mancha rojiza de nacimiento sobre la mejilla izquierda.

Cuando el tipo desvió la mirada, ella dejó caer el pelo por sobre la abominable mancha. Un acto reflejo para el cual estaba condicionada.

—Sí, es acá —dijo al fin—. ¿Cuándo pensás arrancar?

—Mañana —respondió Elin, cortante.

—Ajá. Bueno, mirá... —desplegó un mapa de los refugios, el mismo que ella había estudiado por meses y que, a esa altura, conocía de memoria— dependiendo de adonde quieras ir podés arrancar desde Chacra Wharton o por Doña Rosa. Si vas hacer camping, capaz te conviene...

Una patadita dentro de su vientre la colocó en un nuevo trance. A decir verdad, Elin ni siquiera pretendía tenerlo. La idea de un aborto la horrorizaba, aunque seguía en la mesa. Los adultos tienen que enmendar sus errores con decisiones serias (no fáciles, serias). Darlo en adopción era viable. Más lo era perderlo de forma natural, aunque que eso significara juntar todos sus pedacitos y ver cómo hacerlos encajar para poder seguir adelante. Su cabeza era una licuadora, y nadie le había puesto la tapa para que no se escapara el contenido. Una voz penetrante, asfixiante, le repetía lo mismo una y otra vez, una y otra vez...

—¡Hey! ¡Nena! —Elin reaccionó pestañeando fuerte—. Te preguntaba si tenés todo el equipo.

—¿Equipo?

—Claro, botas de trekking, bolsa de dormir, agua, víveres, un abrigo extra. Mirá que se pone fresco allá arriba.

—Ah, sí. Sí.

—Ok —sacó una planilla— ¿Nombre completo?

—Elin. Elin Maldonado.

—¿Elin?

—Es galés.

—Ah. ¿Edad?

—27 años.

—¿Alérgica a algo?

—Creo que no.

—¿Problemas respiratorios?

—Para nada.

—¿Tomás alguna medicación?

—No —mintió. La obstetra le había dado Hierro y Supradyn, una combinación de vitaminas y minerales.

El tipo no se preocupó por confirmar la veracidad de los hechos. Que otro se encargara de ello. Alguien que ganara más de 9.000 pesos mensuales.

—¿Sabés qué recorrido vas a hacer y cuándo tenés planeado bajar?

“¿Estás bien? Parece que andás en coma”, había comentado Blanca unas semanas atrás. A Elin la analogía le resultó divertida. Es un estado en el que uno mantiene una existencia entre paréntesis, una pausa en el camino, del mismo modo que el signo ortográfico hace una pausa real en la lectura. La oración es tan distinta antes y después de una coma como lo es la vida de quienes la sufren. Elin, la embarazada. Elin, la sin-madre, la aventurera, la osada, la ridícula. Elin, la del extraño nombre galés. Ahí estaba, parada en medio de la vida; y ahí iba a estar por un buen tiempo.

Se tomó su tiempo para contestar. Consideró dejarlo ahí, darle al tipo el placer de sentirse superior por un ratito. Finalmente, no pudo consigo misma y habló:

—Mañana salgo desde Wharton hasta Cajón Azul. Voy a hacer noche allá y comer una de esas místicas pizzas que hace Don Atilio (y de las que todos hablan maravillas). Como seguramente sabés, en Cajón ya estamos a unos 600 metros sobre el nivel del mar. Al día siguiente me levanto tempranito y comienzo a marchar hasta el refugio Retamal, donde supongo que almorzaré algo liviano. Todavía va a ser temprano, así que pienso continuar hasta La Horqueta, hacer noche allá, en la confluencia de los ríos Rayado y Azul, lo que usualmente se conoce como el valle del Río azul, ¿no? —Elin hizo una pausa de evidente teatralidad en la que aprovechó para recuperar

el aire. Luego siguió—. Al tercer día arranco la larga caminata río arriba, bordeando el Rayado hasta el refugio de Los Laguitos, a 1150 metros sobre el nivel del mar. Ése es mi recorrido. No sé cuándo voy a volver. En todo caso, calculale que el viernes ya debería estar por acá para que puedas volver a mirarme las tetas con total impunidad. ¿Te parece?

Sí. Había estudiado el recorrido.

Lo había planificado al detalle.

Viernes 1 de julio de 2016

—¡Elin, corazón! ¿Estás en casa?

Blanca irrumpió en el departamento (en su típico estilo ruidoso) justo cuando ella ingresaba al baño. La escuchó dejar las llaves sobre la mesa mientras desgarraba la cajita del test. Sintió sus pasos aproximándose a la puerta a medida que se bajaba los pantalones.

Llevaba dos semanas de retraso, ya no tenía demasiadas dudas.

—Linda, ¿estás en el baño? Necesito decirte algo.

—Pará tía, ya salgo.

Blanca hizo caso omiso al pedido e igual se pegó a la puerta.

—Justo me encontré a Santiago en el centro. ¿Te acordás de Santi? Está re grande el muchachito.

Elin lo recordaba apenas. Evocó una imagen de él en su mente. Un primo segundo, medio regordete, dos años más grande, con el que había compartido veranos durante su infancia, no mucho más. Sentada en el inodoro, paseó los ojos por las instrucciones del aparato en un intento de dilatar el momento.

—Se recibió el año pasado de Ingeniero, ¿sabías? Está haciendo una pasantía en una empresita. ¡Lo vi bien, eh! —Blanca tosió para aclarar la voz—. Qué se yo, lo vi contento. Me contó que estuvo por el Sur. Allá por El Bolsón, subiendo las montañas.

—Ajá...

Elin orinó sobre la varilla de prueba y contó despacio. 1, 2, 3...

—Y me dijo algo más también... —dijo su tía levantado la voz sin necesidad.

4, 5, 6...

—¿Qué?

Elin colocó la varilla sobre el lavamanos, con la ventanita de los resultados hacia arriba. Según las instrucciones, tendría su respuesta en uno a cinco minutos. Eternos minutos. Comenzó a jugar con los dedos de sus pies. Permanecer con la vista enfocada en el test solo la iba a poner más nerviosa. Se vio al espejo y acarició delicadamente la mancha rojiza sobre su mejilla, una pigmentación de nacimiento que condensaba todo lo que odiaba de su figura. La mancha se extendía un poco por el cuello y bajaba hasta la parte superior del hombro.

37, 38, 39, 40...

—¿Qué te dijo? —insistió.

—Mejor espero a que salgas.

—No, no, dale. Tengo para un rato.

Pasaron unos minutos en los que ninguna de las dos dijo nada. Vivían juntas desde hacía años, luego de aquella tragedia de la que no se hablaba. Elin eventualmente tomó coraje y verificó los resultados. Su corazón se aceleró: era positivo. Mierda, era positivo. Maldijo a la Fiesta del Semáforo, la culpable de todo. Se le ocurrió gritar, putear y patear. Se le ocurrió hacer todo eso junto y probablemente lo habría hecho de no haber escuchado inmediatamente lo siguiente.

—Santiago la vio a tu mamá en la montaña, en uno de los refugios.

—¿Cómo? —se paralizó de repente.

—Le pregunté si estaba seguro —suspiró—. Me dijo que no tenía dudas. Era ella.

Elin se subió los jeans con prisa, escondió la prueba en su bolsillo trasero, tiró la cadena y abrió la puerta de un tirón.

—¿Qué? ¿Cómo que “era ella”?

—Aparentemente está viviendo allá arriba, bien metida en la montaña, sin conexión con el mundo —sus ojos expresaron melancolía.

—Pero... si... ella —le costó hilar los pensamientos. Se sentaron en el living. Cuando llevaban un cuarto de hora sentadas, Elin abatida, desarmada, susurró— tía, ¿cómo puede ser? Después de tantos años...

—Diez años, Elin.

—Tengo que hablar con Santi —concluyó, incorporándose de un brinco. Murmuró unas palabras de disculpas y se fue.

Sábado 3 diciembre de 2016

Sus padres vivieron su infancia en El Bolsón. De hecho, allí se produjo su primer y mágico encuentro. Por supuesto, Elin no tenía idea —ni entendería hasta dentro de muchos años— lo importante que resultó ser aquel romántico paraje de ensueño, en el extremo izquierdo de la región patagónica, rodeado de ríos, lagos y bosques de coníferas, para la relación de ellos dos.

En los años ´60, la bohemia argentina —biólogos, filósofos y artistas en busca de tranquilidad y formas alternativas de vida— hizo su presencia en El Bolsón, dándole al pueblo la imagen que tiene hoy. Los inmigrantes eran los principales componentes de un movimiento hippie proveniente de las grandes ciudades, buscando su lugar de pertenencia en la mística de poblados como éste. Los cuatro abuelos de Elin plantaron los pilares fundamentales de una comunidad artesana viviendo en un sistema de autosuficiencia jamás visto en el país.

Hoy, aquel insondable valle de origen glaciar, apostado al pie del imponente Cerro Piltriquitrón —la llamada “montaña colgada de las nubes”— sostiene un movimiento cultural diferente que busca recuperar el verdadero contacto con la naturaleza, respetando los valores que tenían los pueblos originarios (tehuelches, en su mayoría) y haciendo uso de métodos naturistas para elevar la calidad de vida.

Elin se registró en uno de los hostels del centro que sugería ser la elección óptima para una mochilera de su generación: económico, sociable, limpio y cómodo. Las habitaciones tenían todos nombres específicos: Sucucho Romántico, Conventillo, Agarrate Catalina. La suya, en el primer piso subiendo la escalera, indicaba: “PALOMAR (*Open your mind*)”. El inmenso cuarto, constituido de seis cuquetas, estaba ocupado únicamente por varias mochilas apiladas al lado de las camas.

Dejó sus pertenencias en la cama N°3.

Debía desayunar (desayunar por dos), bañarse, cargar el celular, confirmar que el transporte La Golondrina la dejaría efectivamente en Chacra Wharton.

En lugar de hacer todo eso (le pareció muchísimo trabajo) se recostó y puso música.

Sonó algo de rock argentino (*En el hospicio*, del surrealista dúo Pastoral, uno de los favoritos de su viejo) lo cual era —estadísticamente hablando— lo más probable: su celular contaba con dos tercios de música argentina. El tercio restante se repartía entre baladas en inglés y música de los ochenta. Abrió la mochila y sacó la vieja pulse-rita. Desde su fabricación original (veinte años atrás) las cuentas de cristal habían sufrido todo tipo de daños: algunas se rayaron, otras se resquebrajaron, la mayoría se perdieron. Elin debía reparar su pulsera tan seguido que finalmente tomó la decisión de cargar consigo siempre un par de pinzas para bisutería: una de corte y otra de punta redonda. Con la caída del 2006, la pulsera se partió en tantos pedazos que fue necesario reconstruirla prácticamente desde cero. La había arreglado tantas veces que algunos días se preguntaba si tenía algo que ver con la original, o era una cosa completamente diferente.

Durmió un par de horas (en el último tiempo el sueño le ganaba la batalla por *knock-out*). Se despertó poco después del mediodía, compró algo de verdura y unas milanesas, almorzó en la cocina común y aprovechó el cese de la lluvia para recorrer el pueblo. En la plaza central, la Feria Regional desplegaba un crisol de producciones artesanales: cerveza, pipas, telas, comida de todo tipo. El paseo, un lento vaga-

bundeo, resultaba higiénico. El aire libre contrastaba con su pequeño departamento de Bahía Blanca donde vivía comprimida, acelerada por el tiempo. Desacelerar era un lindo cambio respecto de las últimas semanas escondiendo el embarazo, preparando el viaje y ejercitando su cuerpo dentro de lo razonable (si bien, seamos sinceros, no había nada de razonable en encarar tal empresa en su estado actual). Al caminar sentía el juego sincronizado de los músculos, un mecanismo engranado, diseñado para moverse, para viajar. Pensó en que es una definición de libertad que no se enseña en las escuelas. Doblaba en las esquinas sin pensarlo. Quizás hubiera otros caminos, pero elegir uno implicaba descartar el otro. Andar, andar sola, hasta la esquina, pasar por donde tres hippies armaban un porro, cruzar a dos abuelos jugando con su nieto, encontrarse con un improvisado grupo de jazz en un concierto al aire libre. Caminar en un horizonte metafísico, como quien tiene prisa de no tener prisa. Caminar sola, en su propio plano de existencia, con solo un puñado de personas conociendo su secreto, intersectando brutalmente su vida como una declaración de guerra, como un accidente callejero que junta a un grupo de perfectos desconocidos.

—¡Elin Maldonado en persona! —gritó alguien detrás suyo—.
¿Quién lo habría dicho?

Elin volteó y buscó distinguir al extraño. Tardó unos segundos en reaccionar.

—¡Juan! ¿Qué hacés vos acá?

El joven le sonrió. Perteneecía a otro tiempo. Juan Boanerges era un pibe con todas las características para ser considerado un “buen tipo”. Caluroso en sus aprobaciones y generoso en sus elogios. Amable y paciente, en partes iguales, con niños y abuelos. Era una de las personas dotadas de la mayor apertura sexual que Elin hubiera conocido. Confesaba —abiertamente y sin sonrojarse— amar la pornografía como arte, y discutía todo tipo de temáticas sexuales con la seriedad que se merecen. “La masturbación es un mecanismo ingeniosamente diseñado por nuestro cuerpo para eliminar el esperma viejo por nuevos especímenes capaces de dar vida”, explicaba con

convicción. “Nuestra sociedad tendió al monogenismo porque es la forma más eficiente de evitar enfermedades de transmisión sexual”. Cada una de sus premisas estaba anclada en la ciencia y en sus propias experiencias (que eran muchas y de toda clase). Con solo conocerlo unos minutos resultaba la persona más carismática del lugar.

De chico vivió en Camilo Aldao, un pequeño pueblo tan al límite de Córdoba y Santa Fe que ninguna de las dos provincias quería hacerse cargo. Del mismo modo, sus padres estaban más interesados en discutir entre ellos que en educarlo. Al cumplir los dieciocho, abrió un mapa de Argentina, cerró sus ojos y llevó su dedo índice derecho hasta un sitio al azar. La fortuna le indicó un punto en los alrededores de Bahía Blanca, ciudad donde terminó anotándose en Licenciatura en Administración casi por descarte.

Con Elin se conocieron durante la cursada, volviéndose pronto la única parejita del grupo. Hubo una época en la que solo vivían para su encuentro en la cama, donde no había parciales, ni dramas, ni finales, ni trabajos prácticos. Lo único importante era que aquel colchón desgastado no cediera ante los repetidos impactos. Que la ropa cayera donde cayera, que la puerta quedara sin llave, que el olor del otro se pegara con intensidad al pelo, a la piel, al cuerpo sudado. Era una maravilla dejarse llevar por la lascivia hasta el milagroso universo de lo íntimo, lo hambriento, lo bestial. Con él, Elin aprendió a coger. Fue su primero. Si ella era atrevida, él lo era el doble. Mientras ella gritaba en el orgasmo, él seguía susurrándole palabras sucias en el oído. Elin no podía (no quería) controlar aquel ardor en su piel que la erizaba, deseaba nunca dejar de atragantarse con la virilidad de su pareja, de saborear su cuerpo entero.

Lo amaba. El corazón se le había agrandado tanto que pensó que le iba a reventar, que no había espacio físico para nadie más que ese hombre en su vida. La necesidad de Elin de quererlo fue incontenible. La necesidad de Juan de no ser tan querido terminó por separarlos.

—Vivo acá, ¡si ya te había contado! —las borrosas imágenes de la fiesta invadieron la mente de Elin. Juan continuó, entre risas—. Nunca creí que fueras a venir a verme. ¡No me digas que me extrañabas!

—Ja... no... Estoy de vacaciones —improvisó—. Voy a subir a los refugios de montaña. El plan es llegar hasta Los Laguitos.

—¡Ah, qué bien! Ese lugar es el puto paraíso, un pedacito de cielo. No te vas a arrepentir. Yo ya fui tres veces. La gente de El Bolsón se vuelve loca por esos recorridos. Si tienen unos días libres, levantan la mochila y salen sin pensarlo un segundo.

A Elin le agradó verlo. De verdad la alegró mucho. Se abrazaron con torpeza y durante un buen rato. Por suerte, su complexión delgada y atlética daba forma a una pancita todavía plana. Incluso con cinco meses de embarazo encima, ni el observador más avisado podría concluir que una criatura se gestaba en su interior.

Aprovechó la situación para arriesgar una pregunta:

—¿Quiénes trabajan en Los Laguitos, sabés?

—¿Allá arriba? —miró hacia un costado. Su cerebro transitaba los rincones de la memoria para poder responder—. Hay gente en constante rotación, muchos jóvenes. Pero la que está siempre y coordina todo es una señora grande. Por lo menos, siempre que fui estaba ella.

—¿Te acordás cómo se llama? —quiso saber sin ponerse en evidencia. En su cabeza se apuntaba el nombre completo de su madre, esperando que Juan lo repitiera: Alicia Lidia Montiel de Maldonado ¿Estaba ella realmente allá arriba?

—No, nunca le pregunté. Es medio retraída. En general anda más metida en la cocina. Te saca unas empanadas grandotas de atún, carne, pollo, lo que le pidas. Si vas, tenés que probar una.

Sí, Elin lo recordaba perfectamente. Alicia era prodigiosa en la cocina, aunque nunca tuviera tiempo para dedicarle. De todas formas, la conexión era todavía muy vaga. Bien podía ser cualquier otra persona.

—Uf —expresó Juan—. ¿Cuánto hace que no nos vemos? Desde...

—Claro —interrumpió ella, ligeramente avergonzada.

Rieron en complicidad. Por supuesto que ambos recordaban el glorioso polvo que se habían echado esa noche. La misma noche en la que Elin tuvo sexo también con sus otros dos exnovios sin tomar ninguna precaución. Un error imprudente, inmaduro, gravísimo, en el que no paraba de pensar. ¿Qué tal ese muerto en el ropero? Pero tranquilos, ya llegaremos a eso.

Juan lanzó, con tacto, un reto amable.

—Caminemos un poco, ¿te animás?

Miércoles 27 de julio de 2016

Panza arriba, de cara al techo, Elin ojeó el reloj de su mesita. Las tres de la mañana, otra noche sin conciliar el sueño. Un test de sangre, hecho aquella misma tarde, terminó de confirmar las sospechas: algo crecía adentro suyo, literalmente.

Se incorporó en la cama y buscó un mapita del cajón. Señalaba las ubicaciones de los diferentes refugios de montaña de El Bolsón y sus tiempos de caminata aproximados. Los Laguitos se elevaba a unos 1150 metros sobre el nivel del mar. Era el refugio más alejado, oculto entre profundos bosques de la pre-cordillera de Los Andes, a pasitos de Chile. Hizo unos cálculos rápidos: desde Chacra Wharton, el punto inicial, le tomaría unas doce o trece horas llegar (eso si mantenía buen ritmo). Aún con el buen estado que creía poseer, probablemente tuviera que hacer dos noches en el medio. Es muy distinto hacer 25 km llanos que la misma cantidad en subida, serpenteando entre bosques, praderas, ríos, cerros y lomas, cruzando obstáculos, esquivando piedras, al rayo del sol. Y embarazada.

Abrió un block de notas y se dispuso a confeccionar un posible itinerario. Primero debía llegar hasta el Bolsón (“¿qué colectivo me lleva?”, “¿cuánto me va a costar?”), luego iría hasta Wharton para dar inicio al ascenso. Tendría que organizar algunas cosas en el tra-

bajo, pedirse días de vacaciones, juntar algo de plata, pero podía hacerlo. *Tenía* que hacerlo. Juan Boanerges una vez le dijo que ella era un camaleón, un misterio envuelto en un enigma, una experta en auto-reinención. En ese momento, Elin no estuvo muy segura de lo que significaba; ahora lo entendía. A lo largo de su vida interpretó el papel de niña adorable, adolescente rebelde, hippie activista, hija adoptiva, estudiante modelo, pasante, analista de marketing, y puta. No necesariamente en ese orden. La idea de agregar a su currículum la categoría de “madre” la aterraba. Más lo hacía la hipotética posibilidad de recuperar su carácter de “hija”.

Elin era de las escasas personas que no olvidan jamás el rostro de alguien. Sin embargo, cada vez debía hacer un esfuerzo mayor para recordar la cara de su madre. Para peor, su madre siempre fue enemiga de retratarse. Las fotos, decía, eran cosa de brujería. Por todo aquello, la imagen mental que tenía Elin de ella se le presentaba fuera de foco, parecida a una fotografía movida de esas que se toman a las apuradas. Sí se acordaba de los ojos de ella, pero eso era porque todo el mundo le repetía que madre e hija compartían exactamente los mismos ojos. Quizás ese peculiar detalle fuera la única manera de reconocerla.

“Prioridades”, pensó. “Llevo embarazada un par de semanas, no veo a mi vieja desde que tenía 17 años”. Una cosa a la vez. Además, desde que era niña siempre le gustó una buena historia. Creía que los cuentos ayudaban a engrandecer a las personas, a arreglar lo que estaba roto en ellas (su padre tuvo mucho que ver con ese concepto). Ahora ella sería la protagonista de uno.

Viajar era la respuesta, aunque no estuviera completamente segura de cuál era la pregunta. En la plenitud de la noche, iluminada por su sencilla estufita de cuarzo, Elin sintió unos deseos incontenibles de explorar tierras desconocidas. Partiría en silencio, con valijas maltrechas de ser necesario. Sería su Odisea, su Divina Comedia, su País de las Maravillas. El pasaje sería solo de ida. Viajaría sola por primera vez y no le molestaba que resultara ser de una brutalidad

absoluta. Poco importaba que nada le fuera familiar, que no tuviera la tranquilidad de Bahía Blanca, el abrigo de su tía Blanca, la seguridad de las cosas. Poco relevante le pareció verse obligada a confiar en extraños, a perder de vista todo lo que le resultaba conocido.

Sí, iba a viajar a El Bolsón, ascender estoicamente los refugios de montaña, plantar bandera en Los Laguitos y comprobar si, efectivamente, su desaparecida madre estaba aislada en aquel primitivo andurrial del tiempo. Hacía bastante que no se sentía tan a gusto con sus pensamientos. En medio de aquel revoloteo que era su cabeza, viajar aparentaba ser el único esquema coherente. Darle a su monótona existencia un pequeño aliciente. Esa noche—que ella, años más tarde, recordaría como la más significativa de toda su vida—se hizo la pregunta definitiva: “¿adónde puede alguien comprarse una mochila viajera?”